ORAR EN EL MUNDO OBRERO

24º domingo del Tiempo Ordinario (16 de septiembre de 2018)

Comisión Permanente HOAC

El obrero cristiano, consciente de los «talentos» que Dios le ha entregado, no tiene más camino para «elevarse» que llegar hasta lo alto de la cruz de Cristo y ser crucificado con Él, para que los hermanos de trabajo alaben al Padre que está en los cielos.
Estos, y no otros, son los líderes que la clase obrera necesita (Rovirosa, OC, T.V. 249).

El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal (GE 163).

Escucha la vida

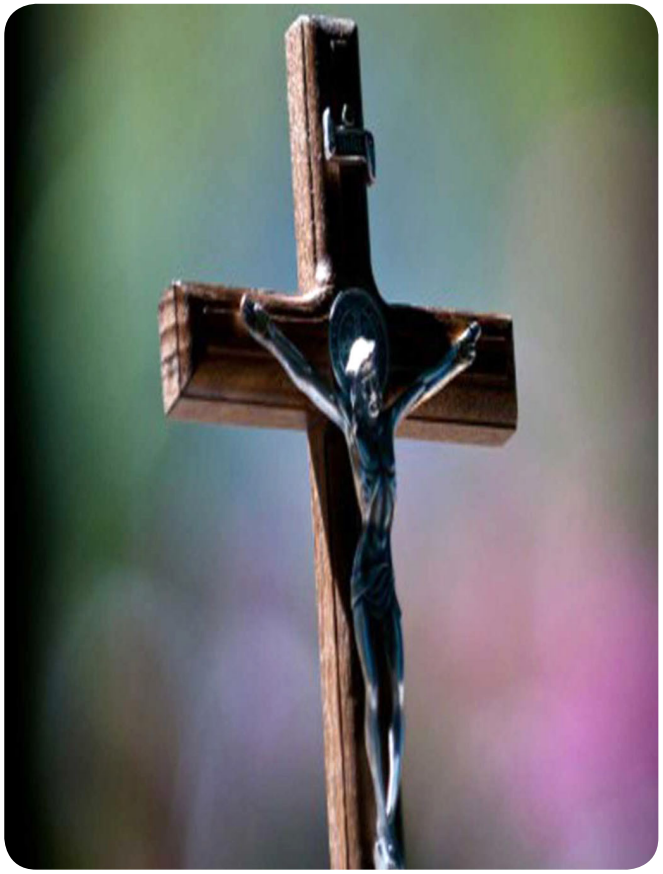
En nuestra vida hay toda clase de crisis. Unas muy superficiales y pasajeras. Otras profundas, vitales. Hay quien vive en una especia de crisis permanente, que parece que no desaparecerá nunca, y a lo mejor es la excusa perfecta para no moverse de sus planteamientos: "estoy en crisis..."
Hay también crisis en la misión: las que parecen afirmar el sinsentido de nuestra vida y tarea evangelizadora y justifican nuestros abandonos; las que nos empujan a olvidarnos de todo y de todos; las que nos recentran en nosotros mismos, para hacernos criterio absoluto de lo que pasa... Estas no tienen solución, salvo con la oración, la conversión y la Cruz.

¿En qué momento de "crisis" te encuentras tú? ¿Cómo andas de agarre a la Cruz?

La batalla nuestra de cada día

Es una guerra que dura una vida
la que enfrenta, en mí, dos mundos·
Entre el algo y el todo,
entre el "por ahora", y el "para siempre",
entre "yo" y "Tú"...
La seguridad se enfrenta al riesgo,
las garantías a la confianza,
el ruido a un silencio no siempre poblado,
las pequeñas miserias se oponen al Amor
y el orgullo quiere pisar a la verdad·

Dame, Señor, capacidad para luchar·
Toca pelear cada día,
hasta esa jornada última
en que Tú vencerás por los dos·
Dame fe para no rendir el evangelio,
la bondad, el sacrificio o la cruz·
Dame alegría para sobrellevar
cada revés, cada caída,
cada tormenta·



Yo, por mi parte, aquí estoy,
dispuesto a seguir remando
con mis pocas fuerzas,
con mis pobres brazos·
No sé si basta,
pero hay que intentarlo

(José María R· Olaizola sj)

En esa vida nos habla Dios

Mc 8,27-35: Tú eres el Mesías... El Hijo del hombre tiene que padecer mucho.

Después Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Ellos le contestaron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». Tomando la palabra Pedro le dijo: «Tú eres el Mesías». Y les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto.

Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.

Palabra del Señor

Para ayudarte a escuchar la Palabra

La crisis en la misión llega también a Jesús y a los discípulos. Todo lo que Jesús ha ido haciendo desde el comienzo del evangelio ha sido malinterpretado, hasta por los discípulos, y no ha dado el resultado esperado. En lugar de suscitar la fe, provoca ceguera. Lo único que logra es incomprensión, conflicto y fracaso. Tres demonios con los que resulta duro lidiar. Tanto que le hacen sentir la necesidad de preguntarse si está en el camino adecuado y de saber lo que piensa la gente y lo que piensan sus discípulos. La reacción de Pedro y los discípulos resulta frustrante.

A Pedro le parece una equivocación la forma en que Jesús se plantea su forma de ser Mesías, e intenta llevarle por otros caminos. Los discípulos no han cambiado de idea y mentalidad, después de lo visto y vivido. Se resisten a abandonar sus proyectos de triunfo.

Y Jesús empieza a instruirles con claridad: Seguirle supone conflicto, sufrimiento, y muerte. *El que quiera venirse conmigo... tome su Cruz:* es decir, renuncie a sus propios proyectos de poder, a sus intereses personales, y sea capaz de acoger como proyecto de vida en el seguimiento el estar dispuestos a perder la vida por Mí, y la Buena Noticia.

La única manera de estar con Jesús es cargar con la Cruz y seguirle; la única manera de conservar la vida es perderla por Él y la Buena Noticia del Evangelio. Es el criterio válido para todo cristiano.

Una Cruz –la de Jesús– que es consecuencia ineludible de las decisiones tomadas. Situarse al lado de Jesús significa cargar, como él, con la Cruz. Rovirosa lo ha recordado: no tenemos más camino que *llegar hasta lo alto de la cruz de Cristo y ser crucificado con Él, para que los hermanos de trabajo alaben al Padre que está en los cielos.*

La amenaza más peligrosa para la fe y la Iglesia, para nuestra vida cristiana es aspirar a un cristianismo sin Cruz, renunciar a la Cruz, rechazarla; es convertir lo que es escándalo y locura en nuestro mundo en algo dulcificado, espiritualizado y adornado de tal modo que pierda la dureza propia de la Cruz que se levanta fuera de la ciudad, en el otro lado de la historia, entre los crucificados del mundo, entre los que no cuentan, entre los descartados y excluidos... Nos guste o no, solo ahí está la liberación, porque solo ahí están los crucificados de este mundo.

Solo cuando hayan llegado al final del camino y le hayan seguido hasta verle en la Cruz, entenderán esto los discípulos. No puede haber confesión de fe que no pase por la Cruz. No es posible creer en el Resucitado olvidando que es el Crucificado quien resucita.

En nuestra vida cotidiana hemos de realizar el seguimiento de Jesús, y en esa vida cotidiana hemos de reconocer la Cruz y estar dispuestos a cargar con ella para seguirle por el camino. En nuestra vida cotidiana hemos de identificar las envolturas diversas que pretenden hacer la cruz más llevadera, a riesgo de vaciarla de sentido. En nuestra vida cotidiana hemos de saber acompañar a los crucificados de la historia hoy.

En nuestra vida cotidiana Jesús nos sigue preguntando en medio de nuestras crisis, superficiales o profundas: ¿y vosotros, quien decís –con vuestra vida– que soy yo?

Nuestro proyecto personal de vida militante es la forma de concretar –para no irnos por las ramas– cómo acogemos la Cruz en nuestra vida, cómo integramos en la vida las situaciones de conflicto y sufrimiento por las que pasamos. Tenlo también presente este curso. La oración ¿qué pistas me ofrece para ello?

Recoge todo lo reflexionado y orado

¿Quién eres, Señor?

Cualquier día,
en cualquier momento,
a tiempo o a destiempo, sin previo aviso
lanzas tu pregunta:
y tú, ¿quién dices que soy yo?

Y yo me quedo a medio camino
entre lo correcto y lo que siento,
porque no me atrevo a correr riesgos
cuando tú me preguntas así.

Nuevamente me equivoco
y me impones silencio
para que escuche tu latir
y siga tu camino.
Y, al poco, vuelves a la carga:
y tú, ¿quién dices que soy yo?

Enséñame como tú sabes.
Llévame a tu ritmo
por los caminos del Padre
y por esas sendas marginales
que tanto te atraen.

Corrígeme,
cánsame.
Y vuelve a explicarme
tus proyectos y quereres,
y quién eres.

Cuando en tu vida toda
encuentre el sentido
para los trozos de mi vida rota;
cuando en tu sufrimiento y en tu cruz
descubra el valor de todas las cruces;
cuando haga de tu causa mi causa,
cuando ya no busque salvarme
sino perderme en tus quereres...
Entonces, Jesús, vuelve a preguntarme:
y tú, ¿quién dices que soy yo?

(F. Ulibarri)

Y ofrece tu vida

Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día...

María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.